

# Nómadas



Armando Murias Ibias

# Nómadas

SEPTEN EDICIONES



*Para Eloísa. Y Laura*



*Sin embargo te advierto que estamos cosidos*

*A la misma estrella*

Altazor (Canto II) VICENTE HUIDOBRO



# I

## LA RESIDENCIA

En aquel valle tan olvidado de todas las carreteras dibujadas en los mapas, los hombres que lo habitaban se parecían mucho entre sí, pero João Afonso se diferenciaba rotundamente del resto, tenía la piel de otro color, más oscura, casi negra. Y el pelo también negro, muy negro, ensortijado.

Aunque ese no era el problema más importante que anidaba en su mente, despierta y ávida de reconocer otros lugares o, por lo menos, un lugar que le ofreciera un puñado de dátiles o un plato caliente de sopa y un rayo de sol que diera calor a su sonrisa, blanca y avispada como sus ojos.

Acababa de llegar a La Residencia, agotado y feliz por haber concluido su primera jornada laboral, y se tumbó complaciente en la cama que disfrutaba en usufructo. En la litera le había tocado la superior, tan cerca de las estrellas, el lugar más luminoso y espacioso en un amplio dormitorio de altos techos, estrechos ventanales y gruesos muros.

Era el fin de la primera jornada laboral y no había sido tan dura como le habían amenazado. Un trabajo para negros en lo más negro de la profundidad para arrancar el mineral más negro, el carbón. Era costumbre de la empresa permitir que el día del bautizo minero fuera en el exterior, en el taller donde una máquina trabaja la *madera*. Así aprendió las primeras destrezas del oficio. Atesoraba mucho tiempo por delante porque João Afonso Carneiro tenía intención de quedarse una parte importante de su vida en aquel valle olvidado de los mapas geográficos, al lado de otros compatriotas, para sacar a la luz del día cientos de vagones repletos de carbón.

El sol calentaba con energía la tarde del primer día de julio. Fuera de La Residencia, el viento meneaba ligeramente la verticalidad de un chopo, y a través del cristal se podía ver cómo las hojas acariciaban esporádicamente la ventana. En ellas depositó João los ojos, siguió el errático movimiento del haz más brillante, y dejó que los párpados fueran ocultando lentamente los ojos para que éstos lo arrastrasen al lugar donde habita la memoria. Entre los sueños vio con una claridad equinoccial los recuerdos más recién-

tes de una isla mecida por las brisas del Atlántico. Cuando despertó, un escalofrío le recorrió el cuerpo que acababa de contemplar, atónito y apesadumbrado, la luz intacta de la isla de Boavista.

Tuvo que salir fuera del edificio porque sintió necesidad de respirar el aire más puro, el que baja de las crestas más altas, las que acaban de perder la nieve, para seguir el curso del río hacia donde se ensancha el valle.

La Residencia había sido en otros tiempos la sala de compresores que daban *vientu* a una mina, ahora abandonada. A finales de los años sesenta, cuando España exportaba ingentes cantidades de mano de obra barata hacia la industrializada y soberbia Europa, la empresa minera la acondicionó para acoger las masivas oleadas de portugueses de Trás Os Montes que, sin ir tan lejos, llegaban clandestinamente a Caboalles huyendo del hambre y del largo servicio militar en unas colonias africanas que empezaban a revolverse bajo la bota de los generales.

Una década después, cuando esos portugueses fueron poniendo orden en los papeles de la legalización, comenzaron a abandonar La Residencia para instalarse en casas que alquilaban a los lugareños en compañía de sus familiares. El hueco que dejaron en el edificio fue rápidamente ocupado por otra oleada de hombres sedientos que arribaban de más lejos, pero con la misma necesidad. Eran africanos de las islas de Cabo Verde, antigua colonia portuguesa. Se dieron cuenta de que con la Revolución de los Claveles habían conquistado la independencia, y también la pobreza.

El sólido edificio, construido de piedra vista al lado de una escombrera que se alargaba hacia el río Negro, constaba de dos grandes salas que hacían las funciones de un ciclópeo dormitorio comunal.

A su lado se estiraba, sumisa y abandonada, la escombrera, que había engordado en una época heroica y olvidada en la que los mineros se protegían la cabeza únicamente con una boina negra y raída, y en la que la silicosis endurecía en pocos años los pulmones hasta solidificarlos y asfixiarlos.

Las lluvias, abundantes durante todo el año, y el paso del tiempo hicieron que crecieran algunos hierbajos en las esquinas de la escombrera convertida en explanada, allí donde menos se pisaba.

Era la mayor planicie del pueblo, y los vecinos la usaban como el campo de fútbol oficial, aunque con unas medidas que se alejaban del reglamento dictado por la FIFA. La superficie se mostraba áspera como la lengua de un gato, pedregosa como la ribera fluvial, y ligeramente inclinada hacia el córner que daba para el río. Además, el centro de campo estaba sutilmente abombado, lo que producía la misma sensación de alejamiento que habían logrado los griegos —en un alarde de prodigio técnico y arquitectónico— con el Partenón ateniense.

João Afonso Carneiro vio que algunos compatriotas estaban jugando contra los españoles un partido de fútbol desigual en número, esta injusticia lo llamó para que se incorporara en la parte menos numerosa —la visitante— para ver si igualaban el marcador. Se acercó a la banda izquierda, se quitó la camisa y los zapatos, y pisó por primera vez el campo de fútbol del Caboalles CF, orgullo del pueblo y de los que en él habitan, espacio abierto y allanado con el esfuerzo de cientos de manos que depositaron allí durante años los desechos y estériles que habían arrancado en el *corte* y en la *guía*. A sus pies, descalzos y curtidos de pisar las sendas quemadas y pedregosas que llevan a los pastos más verdes en una isla desértica y aplanada por el sol, se extendía la alfombra apelmazada que termina en una portería metálica. Un compañero le puso el balón entre los pies, y él lo hizo avanzar tímidamente. Comprobó la dureza del cuero reseco con que estaba cubierta la cámara de aire, y puso el torso erguido para situarse en el primer campo de fútbol que había pisado en su estrecha vida. Altivo como los cocoteros que inundan algunas partes de la costa de Boavista, una de las islas más grandes del archipiélago de Cabo Verde, contuvo el aire en los pulmones durante los segundos suficientes y llegó —o pensó que llegaba— a sentirse como Eusebio da Silva Ferreira, arropado por más de cien mil espectadores en el Estadio de la Luz lisboeta, y creyó ser el mago africano del Benfica con el número diez en la espalda, la pantera negra de la selección portuguesa. Cuando los clubes deportivos europeos todavía no se habían llenado de jugadores negros, las antiguas colonias portuguesas admiraban e idolatraban los requiebros y la potencia del mozambiqueño Eusebio, que estuvo a punto de llevar a la selección portuguesa de fútbol a lo más alto, frente al otro negro, el americano Pelé, el bra-

sileño del Santos. Pensando en ellos, volvió a bajar los ojos hacia el balón, que envió certeramente a la cabeza de un compañero. Durante todo el partido corrió por el campo con idéntica energía a la que había mostrado el etíope Abebe Bikila, el otro africano -medalla de oro en el maratón de los Juegos Olímpicos de Roma- que había conquistado, descalzo y desnutrido, la admiración, el aplauso y el respeto de todo el mundo.

Enfrente, los lugareños mostraban sus mejores destrezas, conscientes de que aquello era un auténtico partido internacional. Habían unificado su vestimenta en una camiseta blanca de tirantes, que algunos habían pintado con un bolígrafo el número de su jugador predilecto en la parte trasera. La mayoría se calzaba con botas chirucas y algunos ya lucían zapatillas deportivas con tacos, eficaces sobre el césped, pero inútiles en aquel terreno lleno de estériles mineros.

A los lados, en las bandas, por todos los sitios, en las esquinas más inverosímiles, niños y mayores observaban, estupefactos, atónitos, las figuras y los movimientos de las espigadas figuras negras que trotaban orientados únicamente por la trayectoria del balón. Los ojos de los vecinos, con la minuciosidad de un explorador que se adentra en la parte más cerrada de la selva, escrutaban los cuerpos atléticos y sudorosos de los recién llegados al pueblo, colgado en la parte más alta del valle.

## II

### LA LABOR

Al día siguiente, con la primera luz del alba, el movimiento en el interior de La Residencia era una mezcla de actos mecánicos y rutinarios en los trabajadores veteranos, y otros que buscaban ansiosamente una ropa a la que no estaban acostumbrados. El camino hacia el trabajo fue despejando los ojos de João Afonso, que se posaban con curiosidad en las montañas que le tapiaban la vista. Caminaba por un valle largo, verde y angosto, muy diferente a la planicie reseca de la isla volcánica de Boavista, la más cercana al continente africano de todas las que componen Cabo Verde, barridas por vientos asoladores.

Llegó al *quartu d' aséu* envuelto y arropado en la alegría del grupo con el que había bajado. Se puso el atuendo minero, el casco y el foco y salió a la plaza a esperar el destino del puesto de trabajo. Le indicaron quién sería su *plantilla* y quién su compañero. El primero le dijo que no lo perdiera de vista, y con el segundo intercambió una mirada tímida y atemorizada. La *jaula* los bajó hasta la cuarta planta. Durante el trayecto nadie pronunció ni una palabra, quizá porque estuviesen dormidos, o porque era el primer movimiento que hacían en la mina y debían ofrecer el silencio como víctima propiciatoria antes de celebrar el rito de extraer de las entrañas de la Tierra el mineral, que se cobija como un niño indefenso entre el silencio de la noche eterna. La mirada de todos los mineros estaba perdida en el vacío de la oscuridad, y los oídos recogían los ruidos metálicos de la *jaula* que se hundían en la profundidad de la *caña* del *pozu*. Sólo las luces alargadas de los focos colgados de lo alto del casco daban fe de estar vivos en aquel mundo imperecederamente silencioso, húmedo, tenebroso.

Todos eran conscientes de que estaban bajando al reino del repugnante Plutón, el dios romano del sepulcro, la muerte y el infierno. El colérico dios, tizado de negro para toda la eternidad, defiende violentamente sus posesiones en la soledad y tristeza de su caverna, y desde lo alto del *testeru* arroja *costeros* y *derrabes* de carbón sobre el *picador* que se atreve a horadar su morada. Desde su sitial enciende el fuego del *grisú* para chamuscar al que osa des-

pertar de su sueño al dios que se siente dueño de las entrañas de la tierra. Deja caer las aguas que inundan las *ramplas* y arrasan las *galerías* al incauto que pretende vaciar la *capa* más *ancha*, y con avaricia y rencor recoge el aire que asfixia al minero que intenta arrebatarle alguna parte del tesoro. En la soledad de su destierro bajo tierra, Plutón busca inútilmente una compañía, esta desesperación fue la que le obligó a raptar a la hermosa Proserpina, y periódicamente también rapta el cuerpo de algún minero al que sube sobre una tríada de caballos negros para transportarlo a su mundo, al mundo de los muertos.

En la *galería* de la cuarta planta se metieron en el hueco de un *vagón* que los llevaría aún más lejos, y más tarde tuvieron que subir por un *planu inclináu* hasta un *nivel*. Allí las luces de los focos descubrieron unas desfiguradas vías que se arrastraban por un suelo encharcado, y encima de ellas se alzaban, altivas y negras, cuatro *vagonetas*.

João Afonso y su compañero recibieron la orden del *plantilla*, y la orden era clara, ellos serían los encargados de empujar las cuatro *vagonetas* repletas del carbón desde las *comportas* hasta el *pozu d' arrastre* y viceversa. Los dos movieron la cabeza afirmativamente dando a entender que la orden era fácil de cumplir, tan fácil que el trabajo lo podría desempeñar una mula si se pudiera llevar hasta aquel *nivel* alejado y mal ventilado. También lo podría hacer el *trole*, si hubiera electricidad en aquel rincón maloliente donde se arranca el carbón que después se quema en una central térmica para producir la electricidad, que unos cables interminables envían a unos lugares lejanos, donde desconocen la existencia de unos topos con forma humana que roen sin parar las *capas* de carbón hincadas en lo más profundo y oscuro de las cavernas.

João Afonso y Ricardo, su compañero, arrimaron el hombro a la primera *vagoneta*, que hizo tope con las otras tres, y empujándolas las llevaron hasta las *comportas* donde bajaba el carbón que ya estaban *picando* en la *rampla*.

Para Ricardo también era aquel el primer día de trabajo en el interior de la mina. Había acabado la semana anterior los estudios de segundo curso de Derecho, y tenía pensado trabajar hasta la festividad del Pilar, allá en octubre, cuando se supone que tendrían que empezar las clases. Este trabajo veraniego no sólo le reportaba

una importante satisfacción económica que le ayudaba a mantener una humilde morada compartida durante el curso universitario, también le permitiría contactar con la sufrida clase obrera. Tendría la satisfacción de cumplir en el tajo toda la teoría revolucionaria que se discutía acaloradamente en las aulas desiertas y en los cafés, repletos de libros y carpetas, de sapiencia sin límites.

Ricardo miró con cierto desdén hacia su compañero. No esperaba encontrarse con un extranjero, y además negro, tan de cerca. Estaba seguro que no entendería nada del edificio político que se estaba construyendo en España, ni de la labor de zapa del viejo topo, ni del papel dirigente del proletariado en la conquista del poder para constituir un Estado Obrero, previa disolución de la estructura organizativa de la anquilosada y apestosa burguesía y de todos sus aparatos represivos. Y para seguir a continuación con la Revolución Permanente que había diseñado con tanto acierto Lev Davidovitch Bronstein, más conocido por el apodo de Trotski, el dirigente revolucionario que asalta el poder en 1917, agitador y propagandista del soviet de Petrogrado, organizador y hombre de gobierno con el Ejército Rojo, teórico político y héroe de la Revolución de Octubre.

Ricardo, orador capaz de movilizar a las masas estudiantiles hacia la enésima huelga contra el proyecto de la timorata reforma política liderado por Adolfo Suárez, diestro teórico de la IV<sup>a</sup> Internacional frente al estalinismo de los maoístas, frente al poderoso PCE, y frente a la socialdemocracia aliada desde la posguerra con la burguesía y entregada incondicionalmente al capitalismo internacional, se veía ahora doblando la testuz para empujar con más eficacia las *vagonetas*. Él, atiborrado de argumentos dignos del mejor discurso ciceroniano, sabedor que el dominio de la lengua es una poderosa arma que deslumbra a los incautos y huérfanos de ideas que acudían a las asambleas universitarias en el viejo case-rón de San Francisco, conocedor de los resortes más sutiles e imperceptibles para inclinar la balanza hacia su lado en los votos a mano alzada, estaba ahora empujando unas *vagonetas* cargadas de carbón como si fuera un bruto sin el menor sentido común, una acémila descarriada, una bestia irracional, en el rincón más lóbrego, más inhóspito, más insalubre.

Encorvado sobre la *vagoneta* repleta de carbón, empujándola con ahínco, pensaba apesadumbrado en los miles de años que nece-

sitó el “homo erectus” en erguirse cuando decidió bajar de las copas de los árboles, en conquistar la posición bípeda para mirar de frente al horizonte, para sobreponerse, orgulloso, al resto de las bestias. Por su cabeza, sudorosa y aturdida por el esfuerzo, también transitó, y se detuvo nítidamente la imagen altiva del cazador del Paleolítico Superior que pinta con primor y maestría figuras policromas sobre las paredes de la cueva de Altamira, ese “homo sapiens” que conquista la magia del fuego y la inmortalidad. El que descubre la rueda, y el que sabe sacar fuerza del vapor para comenzar la Revolución Industrial que transforma el mundo, al que coloca sumiso a sus pies. Y él ahí marchitándose, en el fondo de un olvidado y oscuro lugar que huele a madera húmeda y podrida, haciendo de tracción animal para unos toscos artefactos sobre ruedas. Ni siquiera los bueyes, coronados príncipes de los caminos sembrados de luz, resistían este trabajo oscuro, húmedo, silencioso. Solamente las mulas, degeneración estéril del mestizaje, soportan esta ingrata labor, propia de los individuos más rudos y torpes de la especie.

Mientras empujaba la *vagoneta* con el hombro derecho giró la cabeza hacia su compañero, al que vio como un australopitecus africano poco evolucionado, un mendigo sumiso vestido de harapos que camina con sus pies desnudos por el agua empodrecida que se acumula por la vía.

Después de descargar por primera vez el carbón por el *pozu d' arrastre*, las dos caras se elevaron por encima de las *vagonetas* y se conocieron. El polvo negro del mineral ya se había instalado sobre la piel sudorosa para recubrirla con un barniz que igualaba todas las razas y resaltaba únicamente la blancura de los ojos y de los dientes.

No se dirigieron la palabra hasta la hora de la merienda, que comieron sentados sobre la tubería del *vientu* que le daba fuerza y vida a los *martillos* de la *rampla*. Fue para preguntarse los nombres y para interesarse por el estado anímico y físico en la primera jornada dentro de las fauces del globo. A lo lejos se oía el ruido sordo y constante de los *martillos* clavándose en la *capa* Manolo el Cuarto, joya de la empresa que explotaba a diferentes niveles.

Ricardo sentía que el polvo del carbón le había formado con la saliva un barro pegajoso que le tapizaba toda la boca, especialmente por el paladar, revolvió la lengua con asco en un afán de limpieza tosca, y escupió con fuerza sobre las vías. La luz alargada del

foco alumbró un esputo caliente y negro como todo lo que lo rodeaba. Sentado sobre la tubería, bebió varios tragos de vino de la bota hasta que consiguió eliminar el fango que le recubría el paladar y la lengua. Después comió un enorme bocadillo de cecina y jamón con la ayuda de una navaja, que no usaba mejor que su compañero. Con parsimonia degustaba unos sabores que ya tenía olvidados, envueltos en el medio litro de vino que contenía la bota. Era ahora, en el verano, cuando volvía a probar las potentes carnes de la matanza, después de un invierno nutrido por la deslavazada comida de La Cocina Económica, al lado del edificio de San Vicente.

Por el contrario, João Afonso comió con rapidez un sencillo menú de pan de hogaza y jamón cocido, vació con fruición la cantimplora de agua, y observó con detenimiento el estado de las plantas de los pies. Con pena y preocupación comprobó que las aristas de las traviesas y el agua que encharcaba el suelo del *nivel* oscuro y cavernoso estaban agrietando unos pies acostumbrados a trotar por unas sendas repletas de sol y aireados por la brisa cargada del salitre marítimo del Atlántico más transparente. Ricardo lo convenció para que se calzara las botas de goma.

—Te protegerán los pies, y también tienes que ponerte unos calcetines de lana, así tendrás los pies mullidos.

João Afonso —para probar— metió los pies dentro de las botas de goma que le había dejado Ricardo, y comprobó que eran de una talla varios números por encima de los pies que bailaban alegremente dentro. Dio unos pasos delante de Ricardo, que lo vio como un payaso venido de la barbarie calzado con unas enormes botas que no controlaba, aunque con una sonrisa le dijo:

—¿Te encuentras mejor así? Después, cuando salgamos de este agujero tienes que comprar unas botas, ya verás cómo te lo agradecen los pies. Ah, y ponte también unos calcetines.

La ingesta de calorías y proteínas les dio el vigor suficiente para seguir arrastrando el resto de la jornada unas *wagonetas* repletas de un carbón que se amontonaba sin cesar en las *compartas*.

La jornada transcurría lenta, pegajosa y monótona, igual que las *wagonetas* que se movían sobre las vías por la tracción animal de los dos humanos. Les daba la impresión de que la hora de marchar de aquel lugar no llegaba. Exhaustos, consumidos, sudorosos,

con la lengua enfangada en carbón, con la garganta atascada por el barro pegajoso del polvo que llevaban tragando durante toda la jornada, con los hombros doloridos por el contacto duro y frío del hierro de la *vagoneta*, los dos *vagoneros* vieron con una inusitada alegría cómo venían a recogerlos el *plantilla* y el resto del personal. Aunque estaba prohibido, bajaron por las *chapas* del *pozu d'arrastre* con la velocidad de una estrella fugaz que traza una efímera línea en la oscuridad de la noche eterna de las profundidades, y en el rostro portaban la alegría adolescente que da el saber que pronto verían la luz del día, radiante y cálida.

En el *cuartu d' aséu*, Ricardo se vio delante del espejo y le costó reconocer su cara, sudorosa, negra, fatigada y apagada, solamente los ojos mantenían la expresión vital de los veinte años recién cumplidos. Hasta los dientes se habían contagiado con el color que predominaba en la ropa y en la piel. Se comparó con João Afonso y no vio ninguna diferencia entre ellos, a pesar de que la mente de Ricardo volaba alto, lejos del adocenamiento de las masas embrutecidas por el consumismo. Pensaba y creía que sus ideas, propias de un animal político del siglo XX, serían las únicas capaces de terminar con la explotación del hombre por el hombre. Las lecturas de autores vedados por el régimen político en los cafés colmados de teoría revolucionaria lo habían aupado al atalaya desde donde veía con la claridad de un centinela que el sistema económico tenía los días contados, y que él sería uno de los últimos en vender su fuerza de trabajo a un patrón ciego y avariento como las ratas que se movían, ansiosas y ávidas, por las eternas *galerías* de la mina.

Dejó que el chorro del agua de la ducha se estrellara con fuerza en toda la superficie del cuerpo, se enjabonó y comprobó con sorpresa que parte del carbón de la fructífera *capa* Manolo el Cuarto la llevaba incrustada en los poros de la piel, y experimentó —después de esputar con fuerza sobre el estriado plato de la ducha— que otra parte de carbón ya se había depositado, precozmente, en los pulmones.

Cuando la tarde de julio va perdiendo fuerza y calor, João Afonso volvió a salir al campo del Caboalles Club de Fútbol. Al pisarlo sintió el mismo estremecimiento que el primer día. Con el balón entre los pies y las ideas en la cabeza, logró encontrar un hueco en el equipo de morenos de Cabo Verde, afincados en La Residencia de La Escombrera, en las afueras del barrio de Corea.

Todo ello —La Residencia, La Escombrera y el barrio— había sido construido por la empresa minera que daba trabajo a los hombres de Caboalles y de todo el valle. Desde principios del siglo XX, cuando se habían encontrado importantes venas de carbón mineral, la empresa se había instalado en el valle como un manto protector —aunque algunos vecinos no dudarían en usar el adjetivo “destructor”— y para sus fines extractivos necesitaba una mano de obra barata, fornida y sumisa. La encontró con facilidad en los valles contiguos entre la legión de aldeanos segundones que deambulaban de un lugar para otro antes de terminar comprando un billete de tercera en un vapor que los transportara a América. Algunos no necesitaron de un viaje tan largo porque la empresa minera les ofrecía un jornal a todo aquel que tuviera interés en ganarlo, incluso ofrecía una casa a todas las familias que quisieran encender el hogar del descanso reconfortante con el *vale de carbón*.

El barrio de Corea, bautizado por la Administración con el piadoso nombre de San Juan, está construido al lado de una *bocamina*. Lo forman docenas de casas unifamiliares y aparejadas, dotadas de carbonera y corral, y fue el destino para muchas familias a las que se les ofrecía unas condiciones de vivienda similares a las que habían dejado en su lugar de nacimiento. Los que lo habitaban eran gentes llegadas de las aldeas limítrofes, acostumbrados a vagar por la soledad del monte detrás del ganado. Ahora vivían igual que gallinas enjauladas, pegados unos a otros, y con riñas constantes, entre mujeres, hombres, niños y abuelos, por un pedazo de libertad que los levantara un palmo de la inmundicia del hacinamiento. Algunos no separaban mucho la situación explosiva que allí se vivía con la que decía la radio que ocurría en la lejana y exótica Corea, donde las botas militares de las tropas norteamericanas se enfangaban en los arrozales y en los manglares, con la música de Frank Sinatra en los oídos y las curvas del cuerpo de Marilyn Monroe en la retina, antes de que en 1953 firmaran la paz que separaba al país en dos partes irreconocibles en torno al paralelo 38, cicatriz que recuerda que alguna vez hubo una guerra a la que algunos ingenuos llamaron fría.

En este barrio vivía Ricardo, hijo de emigrantes de la zona más inaccesible y abrupta de la montaña de Cangas, descendiente de antiguos campesinos que la ley consuetudinaria del mayorazgo —que discrimina a los hijos menores— había mandado, como un castigo

bíblico, a recorrer un mundo diferente al de sus antepasados. Al lado de un corral que servía de refugio a un puñado de gallinas, que se pasaban todo el día escarbando en un suelo rico en desechos orgánicos, estaba la vivienda familiar de dos plantas. A izquierda y derecha otras casas idénticas daban cobijo a familias similares. El conjunto formaba una línea paralela a la carretera general y paralela a otras líneas de viviendas que ascendían por la colina.

Ricardo tenía un hermano mayor, que ya hacía tiempo que había abandonado los estudios en el instituto para incorporarse en la mina como *rampleru*. Los padres habían depositado todas las esperanzas de sus vidas en los estudios de Ricardo, al que veían capaz de terminarlos e incluso lo veían instalado en un prestigioso bufete de abogados. En las largas noches de invierno, sentados en torno a la estufa cargada de carbón, los padres creían contemplar la figura trajeada de don Ricardo Méndez defendiendo con ímpetu los intereses de un cliente adinerado. Por esa idea trabajarían hasta el fin de sus días y con ella instalada en la parte más dulce de la memoria se dormían plácidamente todas las noches.

Como el día anterior, Ricardo durmió una siesta reconfortante y con el cuerpo descansado y cimbreado se dirigió hacia los lugares donde se reúnen los jóvenes ociosos del pueblo durante las tardes del verano. La parte de la sombra estaba ocupada por personas adultas y pensionistas gotosos o silicóticos. En la parte del sol las sombrillas con vivos colores comerciales protegían unos cuerpos más jóvenes, entre ellos se acomodaba algún cuerpo femenino. Aquí predominaban los jóvenes universitarios, recién llegados de capitales situadas tras los puertos de montaña que aíslan el valle durante alguna parte del año. En uno de estos grupos se acomodó Ricardo, saludó a otros estudiantes llegados de Santiago, de Oviedo, de Madrid y de otros lugares. Y con ellos comenzó una conversación sobre temas que salpicaban sus vidas, y que alargaban frecuentemente hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente, en el *nivel* de Manolo el Cuarto, João Afonso y Ricardo continuaron su labor lenta, pesada, monótona y embrutecedora, de *vagoneros*, arrastrando un carbón que llevaba millones de años dormido plácidamente en el fondo de la memoria, allí donde sólo llega la luz del foco que se cuelga en el casco minero.